

ROBERT WALSER

ESCRITO A LÁPIZ
Microgramas III (1925-1932)

Edición de Bernhard Echte y Werner Morlang

Traducción del alemán de Rosa Pilar Blanco

Libros del Tiempo Ediciones Siruela

Advertencia previa

La edición de este tercer volumen de «microgramas» culmina una labor de 17 años de desciframiento e investigación. Después de que los dos tomos precedentes incluyeran textos de grupos homogéneos de papeles, este volumen abarca todas las obras en prosa anotadas en las restantes hojas. Estos manuscritos revelan grandes diferencias en cuanto al origen, calidad del papel y formato. Los más pequeños apenas son mayores que una tarjeta de visita, otros alcanzan las dimensiones de una hoja en octavo mayor. El papel es casi siempre de menor calidad, pues en general estaba destinado a ser tirado: procede, por ejemplo, de fajas dentro de las cuales Walser recibía ejemplares de los periódicos; además hay recibos de honorarios, formularios denegatorios y otros papeles relacionados con sus esfuerzos por publicar. Hay también bandas laterales de páginas de revista y de pruebas de imprenta, papel para embalar libros parecido al pergamino, dorsos o fragmentos de cartas, un formulario de hacienda sin rellenar, dos telegramas, así como un gran número de notas marginales. Sólo en muy pocos casos utilizó Walser el material de escritura corriente, como por ejemplo hojas de un talonario o partes del papel de mejor calidad que utilizaba para pasar a limpio y a pluma sus escritos.

Las heterogéneas clases de papel corresponden a diferentes fechas de creación de los textos que contienen. Los más tempranos datan del año 1925, y abarcan el período de los tres primeros tomos de esta edición. Las últimas hojas fueron escritas en 1932-1933 en Waldau y todo hace suponer que fueron los textos postreros de Walser. Uno de los rasgos característicos es que en esta época la letra va empequeñeciéndose poco a poco hasta que al final su tamaño medio es de aproximadamente un milímetro.

Las dificultades de desciframiento derivadas de ello son muy superiores a las de los dos volúmenes anteriores. A este respecto hay que corregir dos apreciaciones erróneas que se han manifestado públicamente en varias ocasiones. La letra a lápiz de Walser no pierde en modo alguno su cualidad de signo ni su significación, como supusieron varios intérpretes que creyeron haber comprobado un fenómeno semejante en cuanto al contenido en los textos de Walser. Por otra parte la micrografía tampoco constituye un código que, una vez descifrado, permita una transcripción más o menos mecánica. Las complejas dificultades de desciframiento se plantean de nuevo en cada palabra, en cada frase, y sólo un adiestramiento visual de años permite distinguir signos específicos en el batiburrillo abstracto de diminutas rayas y puntos. Hemos de subrayar de nuevo que no cabe excluir el riesgo de una mala interpretación, de una lectura equivocada, reiterando las advertencias anteriores. Pero la tasa de error ascendería como máximo al dos por ciento. Hay que tener en cuenta, además, que los textos son esbozos, por lo que gozan de una aprobación temporal y no definitiva, aunque su grado de revisión nos haga olvidarlo durante largos pasajes.

Por lo demás este volumen, en cuanto a disposición y anotaciones, sigue las pautas de la anterior edición (Escrito a lápiz: Microgramas I [1924-1925] / Microgramas II [1926-1927]). Los vacíos textuales figuran entre corchetes [...]; tres puntos indican la falta de una palabra, y seis puntos, de dos o más palabras. Las lecturas hipotéticas aparecen en caracteres sin serifas

y se completan a veces con variantes. La doble barra señala el paso de una hoja a otra. Las palabras o letras añadidas por los editores figuran entre corchetes [], mientras que las sílabas facultativas se explicitan con paréntesis ().

Bernhard Echte

La confianza es algo espléndido

La confianza es algo espléndido

La confianza es algo espléndido, me hizo pensar una voz poderosa que brotaba de labios de un paseante. Era una voz redonda. Una muchacha me advirtió que estaba dando un rodeo. «No es en el camino recto, sino en los rodeos donde se encuentra la vida», le repliqué. «Sólo cuando nos desvían de nuestro objetivo nos damos cuenta y somos capaces, en caso necesario, de demostrar que no lo hemos perdido de vista, es decir, que atesoramos una suerte de entereza de carácter.» En una pradera se veían unas cuantas losas sepulcrales. Eran tumbas familiares. Qué solitarias estaban. Parecía no haberlas rozado una mirada humana desde hacía una eternidad. Así que fue un detalle por mi parte prestarles atención. Pasé por delante de una iglesia. Quizá precisamente en ese instante al párroco le apetecía tomar el té con los suyos. Tal vez esa mañana había pronunciado un sermón impresionante. Para un paseante guardar siempre la compostura frente a todas las personas con las que se tropieza supone un trabajo anímico. La gente sensible comprenderá mis sentimientos. Por fortuna, no escribo para los insensibles o faltos de sensibilidad. Ellos tampoco leen mis artículos.

Hermosa como una noche estrellada

Hermosa como una noche estrellada era la mujer con la que tomaba un vino a las ocho de la noche. Desde las diez de la mañana hasta las cuatro de la tarde una bailarina que cantaba lamentándose por las calles, que recorría presurosa, me estuvo buscando en todas las casas. Cuánto debió extrañar su conducta a los transeúntes. Tras haber tomado mi frugal, aunque apetitoso, almuerzillo, juzgué oportuno pasear un rato. Mientras atravesaba un bosquecillo, el reloj de la torre ubicada en medio de la ciudad dio la una. Viendo deslizarse raudo algo brillante a través de la floresta de principios de la primavera, pensé fugazmente en un poeta cuya obra vital quizá suscite hoy una impresión algo antañona. Percibiendo cómo parecían formarse en el cielo lagos e islas, y oyendo y sintiendo cómo crujían, susurraban y reían a socapa las hojas en el suelo, recorrí volando a lomos del purasangre árabe de la fantasía extensas novelas que pertenecen al ámbito de lo eterno. A las nueve de la mañana una estudiante me había pedido que la ayudase a mudarse de casa, de modo que desde las nueve hasta las diez y media oficié de mozo de cuerda para una joven de lo más inteligente y sensible que quepa imaginar. Antes de las doce del mediodía logré crear una pieza en prosa magistral, a pesar de que considero esta noticia en extremo carente de gusto. Cómo se puede estar tan sumamente convencido de la propia capacidad. ¡Puaf! A las ocho de la mañana me apeteció abrir una carta que me escribió una mujer lejana que había pensado en un servidor. El contenido de la misiva causó una impresión satisfactoria a mi sensible corazón. Al comienzo de la presente excursión literaria hablé de una mujer maravillosa en cuya compañía tomé más tarde una placentera y exquisita ración de pastel. Durante mi paseo vi pálidas florecillas primaverales sonriendo y lanzando ojeadas tintineantes por su propio brotar de la tierra. Durante un rato contemplé un bote deslizándose por el agua, y después dediqué mi atención a un perro joven que golpeaba la carretera con sus patas, aunque

lo hacía por pura, estúpida e ingenua satisfacción canina, que en sí parecía bonita. Al llegar a una tiendecita, compré una naranja para simular de un modo muy cómodo un viaje al sur, y mi alma, que ve todo lo que desea contemplar, me refirió que en ese momento una mujer delicada lloraba por mí en una habitación amueblada con mucho gusto porque una persona joven y atenta le había leído un pasaje conmovedor de uno de mis libros. Soy un autor fácil de identificar, me dije mientras comía mi naranja y me interesaba por un parque zoológico donde un corzo doblaba sus patas delanteras para pasar con enorme gracia a la posición yacente, una estampa por demás encantadora. Meditando sobre los ayuntamientos norteños y la naturaleza sureña, me interné en un bosque que era el silencio mismo, y en ese bosque mudo hallé una torre maravillosa. Mientras visitaba a eso de las tres menos cuarto un edificio histórico, amenidad por la que pagué la suma de cincuenta céntimos, me acometió la sensación de que la mujer que me buscaba se reponía ahora de su fatigoso empeño en una pastelería, junto a una taza de café. Las florecillas de las que hablaba no podían moverse como yo, estaban obligadas a permanecer donde crecían, pero a cambio sus figuras se asemejaban a besos, mientras que a nosotros, los humanos, a veces casi nos resulta desagradable saber que poseemos tal o cual valor. Al llegar a casa, encontré una breve nota sobre la mesa. Sin duda la comida constaría de un solo plato. A hora avanzada se produjo un acompañamiento a la estación de tren.

Oh, qué intensa y gozosa emoción

Oh, qué intensa y gozosa emoción debió de embargar al joven Mozart mientras improvisaba al piano durante su visita a la corte de París. Los padres, solícitos, acompañaban al joven genio en su viaje artístico, un viaje sin duda coronado con sonrisas, caricias y flores por los genios del éxito más exuberante. Ahora paseo por el lugar donde resido en la actualidad,

por la mañana, a eso de las once, al lado de damas de edad proveya a las que conozco de forma espontánea al pasar, y les hablo regocijado, lo que propicia compañía para el camino y conversación. Ahora pasean por los senderos ancianas cultas que sin largos preámbulos te cuentan que uno de sus hijos ha perdido la vida. Por delicadeza uno rehúsa preguntar cómo y dónde, aunque intuye, sabe. Estas ancianas aún tienen buen aspecto, hablan de manera distinguida y animada, y eso, como es natural, te conmueve. Viudas educadas, antaño rodeadas por el tintineo de una bonita fortuna, si se me permite la expresión, y de muchas comodidades en la vida, como si su posición hubiera sido un carillón, limpian ahora zapatos y ordenan habitaciones, alegrándose de ganarse la vida así y de encontrar en el trabajo cotidiano el sosiego del corazón. La vida se adorna con nuevas apariencias y perspectivas y se mantiene formal y risueña. Pero cuán alegre y rara se siente mi insignificante personilla cuando recorro un territorio y deslizo mis ojos por un trozo de tierra sobre el que hace cien años y más mandó una princesa que, soslayando desdichadas circunstancias que consistieron al parecer en un matrimonio de conveniencia, se avecindó aquí, gozosa. Esa mujer, sin duda inconmensurablemente rica, según se cuenta todavía hoy en el pueblo, se bañaba en verano con espléndida calma y maravillosa tranquilidad en uno de los bellos estanques creados en el extensísimo parque adornado de colinas y protegido de cualquier contacto visual por un decorado arbóreo. Esa propiedad pasó a una familia de rancio abolengo, que hace unos diez años vendió la finca al Ayuntamiento, y yo vivo y escribo estas frases y palabras en una habitación antaño ocupada por dos jóvenes señoritos ahora afincados en algún otro lugar. Así pues, en cierto sentido todos somos peregrinos, y aunque también permanecemos tranquilos largo tiempo en un lugar, nos asalta en nuestro interior un impulso de movernos que parecemos necesitar para estar sanos. Ayer nuestro pueblo aprobó, satisfecho por así decirlo, un proyecto de ley de seguro de jubilación, de enfermedad, de viudedad y de orfandad, con más del doble

de síes que de noes, manifestando que en su mayoría estaba de acuerdo con una obra legal hermosa y humanitaria. Como es lógico, enterarse de algo así por los diarios de la mañana del lunes alegra. Una elección municipal no deparó sorpresas y por tanto fue satisfactoria. Dos importantes partidos rivales se ven obligados a una actuación imparcial. Ninguno de los dos tiene motivo para entonar románticas marchas triunfales. En ambos campos se impondrá la necesidad de gestar algo útil para la colectividad, es decir para la Humanidad. Por otra parte, mi habitación, muy sencilla, de tamaño mediano y buenas proporciones, es muy bonita y elegante. Su dibujo es, como quien dice, preciso, sin causar una impresión dura, severa: a mí su efecto espacial me parece más bien agradable y suave. Es como si mi habitación me invitase a sentirme a gusto en ella. ¿Se puede pedir más a una estancia? Ayer conversé con toda clase de gentes, entre otros con un niño muy muy pequeño, cuyos padres me comentaron que a su hijo le gustaba más un trocito de carne que los dulces. Al niño le había salido un sarpullido alrededor de la boca de comer carne. No tenía muy buen aspecto, pero en un niño incluso las fealdades suelen tener un punto de belleza, quiero decir que en ellos todo es ingenuo y disculpable. En los últimos tiempos los editores me envían libros de autores modernos para reseñarlos. En este punto, sin embargo, me mantengo casi siempre a la expectativa, es decir, lacónico, pues eso parece conservador, es como si yo fuera muy escrupuloso, difícil de contentar, como si en las cuestiones culturales poseyera un gusto no demasiado ligero ni demasiado fácil de satisfacer. Hablando con franqueza, desde hace semanas añoro analizar una obra erudita a ser posible muy compleja y difícil de entender. Los editores aún no me han comprendido bien en este sentido, pues me envían con visible predilección libros cuyo contenido analiza la vida de gente corriente, mientras que yo deseo leer libros que, partiendo de bellos y ricos requisitos, vayan desembocando paulatinamente en lo científico. La esposa de un cónsul y a su vez asesora comercial se sentaba, si se me permite fantasear un

poco, sobre el sofá turgente y blando de su boudoir. Entonces se le ocurrió tocar el timbre para llamar a su dependiente, también cabría decir su apoderado. Éste apareció y con una voz que traslucía la más sincera estima preguntó qué deseaba la señora. Ésta le contestó: «Por favor, tráigame ahora mismo algo para leer, creo que me aburro. Me da la impresión de que sufro una momentánea falta de entretenimiento». Alfred, que así se llamaba él, desapareció para, al cabo de un breve y ágil minuto, presentarse de nuevo para enseñarle unos libros que le había enviado amablemente su editor, para enseñárselos. Pues en sus horas libres Alfred escribía, y ya se había convertido en un autor apreciado. La señora, pues, hojeó los frutos de la literatura contemporánea. En ese momento la señorita de la casa entró en liza, valga la expresión. Con su atuendo matinal parecía una sonrisa de honda coherencia. Como es lógico, dedicó un pensamiento fugaz a su novio. La expresión del rostro del joven, simpático, obsequioso apoderado, revelaba que ahora se retiraría cortésmente junto con esa expresión del rostro, pues aguardaba con impaciencia el orden del día. Su patrón se dedicaba a revolver papeles en alguna parte. En la escalera una criada encantadora con delantal limpiaba el polvo, ensimismada, de las flores de la barandilla. A las criadas les sientan de maravilla esas sutiles y delicadas distracciones. ¿Qué libros eran esos que una hermosa mano examinaba y hojeaba con indolencia uno tras otro? ¿Cómo se titulaban? ¿Estarían bien impresos? ¿Adornaría de vez en cuando su exterior un dibujo? ¿Cómo se llamaban sus autores? «Me esforzaré por inferir algo de ellos. Veré cómo son capaces de entrar en una relación intelectual con mis peculiaridades», dijo la señora del asesor comercial, refiriéndose a los libros. El que los había traído se despidió. «Salgamos a dar un paseo en coche, mamá. Hace un tiempo tan propicio y alegre», sugirió la hija. La propuesta fue digna de aceptación. Los libros quedaron apilados sin más ceremonia encima de la mesa, resignados en silencio a la situación que les habían asignado. Porque sabían de sobra lo que es oportuno, pues eran intelectualismo puro.